

SAZ CAMPOS, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, 441 pp.

En el momento en que Ismael Saz escogió un tema tan crucial como el de la elaboración de las líneas ideológicas de “los nacionalismos” en España y del papel que jugaron en la construcción del régimen franquista, se insertó directamente en uno de los grandes debates del siglo XX, que se continúa por su trascendencia en el siglo XXI. Investigando sobre esos temas, el historiador valenciano nos ofrece un corolario historiográfico importante, puesto que todo estudio sobre la estructuración de una nación, sobre las pautas teóricas del nacionalismo y sobre los procesos de nacionalización es siempre susceptible de despliegues relacionados con los cambios políticos y sociales que están afectando, en la actualidad, a los ciudadanos y sus referentes estatales.

La tensión entre la concepción centralista del régimen franquista y los nacionalismos periféricos es un argumento muy tratado en la historiografía española; en cambio, Saz nos propone otro enfrentamiento menos mencionado, que se produjo dentro de la propia España franquista, matizando así la visión monolítica del bloque nacionalista (evidentemente no tan compacto), que tenía diferentes opciones y proyectos, pero con factores ideológicos tan afines que dificultaba la individuación de las diversas corrientes. Tenemos aquí los dos móviles del texto: por un lado, el estudio de los nacionalismos franquistas (y no “el” nacionalismo), las fibras doctrinales y los soportes de la estructuración de una dictadura de tan larga duración, contiene unas consideraciones sugerentes sobre el concepto mismo de nacionalismo; por el otro, Saz marca los elementos distintivos del ultranacionalismo falangista y del nacionalcatolicismo, indicando en particular el lugar que pertenece al nacionalismo dentro de la ideología fascista en España, dado que él opina que en muchos análisis «se podían enumerar los componentes

ideológicos del fascismo español sin que ninguno de ellos considerase explícitamente al nacionalismo o, a lo sumo, se podía citarlo como uno más» (p. 49): el inconveniente de esa actitud es el peligro de perjudicar las diferencias con los otros nacionalismos, sobre todo el católico, y ofuscar las dinámicas de amorodio y las interrelaciones entre ellos.

De la breve, pero densa, introducción a importantes personalidades del pensamiento político del siglo XX que nos proporciona el autor y, más aún a continuación, en todo el análisis del proceso de elaboración del ultranacionalismo falangista (además, en cierta medida, del nacionalcatolicismo de Acción Española), se desprenden las maneras en que los ideales nacionalistas pueden cambiar de forma y colores, según se traten como ideología política, como disfraz del imperialismo, como afirmación romántica de una identidad histórica, como eufemismo del colonialismo económico, como reacción al colonialismo económico, como revolución, como contrarrevolución, como suma de todos los “antis” o como resto de la retórica política totalizante. Siguiendo dinámicas parecidas, las tendencias políticas en el interior del país estuvieron especulando sobre el carácter más o menos fascista y más o menos católico del nacionalismo español, en la medida en que el régimen marcaba los pasos de la construcción del Nuevo Orden. Para estudiar esas dinámicas, la primera frontera cronológica indicada por el autor es 1898: desde el interior del país, desde finales del siglo XIX y principios del XX, ya se había precisado un congruente conjunto de reflexiones y teorías sobre una España que aún hoy en día se ve tan “peculiar” en su nacionalización. De tal modo, se fue creando una base cultural-filosófica, de la cual los bandos nacionalistas principales del franquismo sacaron la materia prima para la consiguiente elaboración política. De hecho, tras 1898, catalizador de todo

sentimiento de decadencia finisecular, apareció de forma cada vez más difusa la urgencia de salvar a la patria del desgaste político: era la consecuencia de la progresiva pérdida de confianza en la eficacia de la representación parlamentaria por parte de aquellos mismos personajes que se habían formado en la cultura política supuestamente liberal y de aquella generación de literatos que percibían fuertemente el sentimiento de decadencia. Ese sentimiento, de sabor pesimista y nietzscheano, fue el primer presupuesto de todos los planteamientos de los autores del período, que fueron creando un «temario», como lo denomina Saz, caracterizado por una fuerte carga reaccionaria. Esa carga no tenía que llevar necesariamente a resoluciones políticas, pero evidentemente era apta para radicalizarse según las formas del proyecto falangista, por un lado, y nacional-católico, por el otro. Los personajes que el autor nos presenta son diferentes, y de cada uno menciona las características más importantes de su pensamiento: desde el nacionalismo católico de Marcelino Menéndez y Pelayo a las contribuciones del nacionalismo esencialista y secularizado de Unamuno o a las del «anarco-aristocratismo» (p. 76) del Grupo de los Tres (Azorín, Baroja y Maeztu); y más, con las aportaciones de algunos rasgos maurrasianos por parte de Eugenio D'Ors, vitalista revolucionario; pero sobre todo las de Ortega y Gasset, elitista, esencialista, de mentalidad europeizante y modernizante, con anhelos de vertebración y nacionalización de las masas. El efecto inmediato de ese sentimiento de decadencia fue la voluntad de regeneración de la Nación y la creación de un «mito palingenésico» (p. 98) cada vez más difundido pero todavía políticamente inactivo.

El factor que radicalizará en sentido reaccionario todos esos elementos propedéuticos al nacionalismo fascista y al nacionalcatolicismo fue la misma «blandura» de la dictadura de Primo de Rivera, otro punto de inflexión porque evidenció la necesidad de una renovación decidida. Emergieron entonces otras figuras relevantes para trazar los ajustes

de la configuración política del pensamiento nacionalista: Ernesto Giménez Caballero, que enderezó su formación unamuniana y orteguiana hacia la visión populista y esencialista de la Nación, una esencia que se entiende como síntesis de toda las contradicciones en el «genio» de España; Ramiro Ledesma Ramos, que elaboró de forma más definida el vitalismo revolucionario modernizante y el imperialismo mesiánico secularizado (tanto hacia el interior como hacia el exterior) del ultranacionalismo fascista; Onésimo Redondo, con su nacionalismo totalitario y populista; o José Antonio Primo de Rivera «de fascitizado a fascista» (p. 138), que proporcionó el dogma fundamental de la España franquista, el de la «unidad de destino en lo universal».

Llegó el momento de definición decisiva (es decir, la Guerra Civil) y a partir de aquí la España a construir por los vencedores. Nos encontramos, pues, en el meollo del libro: el análisis del ultranacionalismo como eje vertebrador del proyecto falangista en el proceso de estructuración estatal y de cómo intentó impulsar su visión totalizante del Nuevo Orden según el ideal político de Estado fascista. Después, en una segunda fase, cómo Falange tuvo que reinventar su proyecto, confesionalizándose. En efecto, al acabar la Guerra Civil y frente a un nuevo aparato gubernativo que moldear, cada uno de los grupos que apoyaron el «movimiento nacional» (monárquicos, tradicionalistas, conservadores, católicos, falangistas) tenía su propio proyecto a desarrollar. Pero el autor también se interesa por los «otros» nacionalismos, los derrotados; en primer lugar, el de matriz liberal en el sentido amplio de la palabra (pp. 158-160): en realidad no sería apropiado considerarlo una corriente de pensamiento político, como si hubiera un «nacionalismo republicano», porque lo que con ello se puede entender no era una pura ideología política nacionalista, sino más bien una concepción de Estado; en este caso específico, la concepción de cómo tenía que configurarse el Estado español, con lo cual es difícil compararlo en el plano

doctrinal con el nacionalismo fascista (de hecho, Saz no lo hace). En segundo lugar, considera los nacionalismos periféricos, esos sí definidos políticamente, a los que, sin embargo, el autor se refiere de forma puntual y en particular en lo que se relaciona con la situación catalana: desde luego la solución del "problema" autonómico era una de las condiciones para la salida exitosa del proceso de nacionalización de España y de la realización de la "unidad de destino", con todos sus rituales de concentración masiva y simbolización de la fuerza del Partido (como los desfiles valencianos de 1940 descritos en el primer capítulo) y todos los ejemplos «de la posibilidad de una renacionalización española de los catalanes» (p. 258), como propugnaba Eugenio D'Ors. Su argumentación habría sido más concluyente si el autor hubiese delineado (como en un momento dado parece comprometerse a hacer y como cita el título) con el mismo detalle con el que sigue la trayectoria del ultranacionalismo fascista también el del nacional-catolicismo: esta última, aunque ampliamente considerada, queda más bien como contrapunto del enfoque fundamental del libro, que es el del falangismo.

El contrapunto es, desde luego, necesario, dado que los dos nacionalismos eran antagónicos pero coincidentes en muchos aspectos, conflictivos pero complementarios, aparte de sincrónicos y cohabitantes de un mismo territorio compartido pero en disputa (p. 164): una cohabitación forzada pero inevitable, sobre todo tras el sello que le puso el Generalísimo en abril de 1937. Según el autor la unificación política, que supuestamente marcaba la ideológica, no fue excesivamente efectiva, sino que lo que produjo fue una progresiva defascistización de Falange o, mejor dicho, del proyecto político falangista, contemporánea a su confesionalización. Fue un proceso posible por los factores ideológicos comunes pero de todas formas delicado, al que se dedicó Pedro Laín, católico militante, neofalangista y revolucionario, en su elaboración de la síntesis entre lo fascista y lo religioso,

entre lo nacional y lo social, integrando en él a Ortega. Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar se lanzaron a tentativas parecidas. Destaca aquí la labor atenta de Saz en la reconstrucción de la trama ideológica del ultranacionalismo falangista comparada constantemente con la parte católica, hilo tras hilo, a partir de las facetas filosóficas y culturales, de sus implicaciones sociales, cerrando filas, hasta la nervadura más decisivamente política. Por ejemplo, uno de los puntos del temario falangista era el Imperio, al que el autor dedica el capítulo VI, que representaba el lado impetuoso y activista de la revolución "pendiente", el destino de la unidad hispánica indisoluble, la exteriorización del mito palingenésico: el Imperio, y Saz lo explica muy bien, era la resolución final a la voluntad nacionalista de Falange y aclara las actitudes de ciertas fases (la exaltación por los éxitos de Alemania en la II Guerra Mundial y el sucesivo redimensionamiento tras su derrota); frente a todo ello estaba la «captura ideológica» (p. 269) del mismo concepto por parte de los católicos en un plano más espiritual e interior, una captura que comportaba una especie de asentamiento de la Revolución fascista (que de todos modos era de matriz católica, y ello ni se ponía en discusión). Pero sobre todo eran las pretensiones totalitarias de Falange las que daban más motivos de choques con su cohabitante cuando, subiendo el entusiasmo por los éxitos bélicos de los fascismos, parecía posible «la suplantación de todas las nociones, nación, pueblo, Patria y España, por Falange» (p. 295), pasando a ser de medio al servicio de la plena realización de la Nación a esencia y fin de la misma.

El tercer punto de inflexión fundamental de la trayectoria del ultranacionalismo falangista fue la derrota del fascismo tras la II Guerra Mundial, que significó también una desvalorización de la misma ideología nacionalista; así que, en los espacios de cohabitación con los católicos, los falangistas perdieron territorio (Ministerios de Interior y de Prensa y Propaganda); por ejemplo, Serrano Suñer hubo de asistir al "peligroso" (para su proyecto de nación) ascenso de Carrero Blanco y la promoción

del nacionalcatólico Arrese a la Secretaria General del Movimiento. Y en todo caso, pesaba cada vez más la sombra del Caudillo que todo el cuerpo del Partido: tras otros emblemáticos desfiles, como los de Barcelona del 1942, ya salieron las primeras elaboraciones sistemáticas de la doctrina del Caudillaje franquista (de Francisco Javier Conde). La realización del Estado fascista era cada vez más retórica y su destino estaba marcado más aún por la unidad católica hispánica: el nudo fundamental era «si el carácter católico del fascismo español iba a ser su propia peculiaridad (...) o, si, por el contrario, esa elevación del grado de catolicismo se traducía en la negación del fascismo» (p.340). El autor viene a concluir, y aquí aparecen elementos para el debate que, cayendo el verdadero programa nacionalista fascista, cayó también el factor de definición fascista del régimen, porque si Falange ya no era fascista, sino fascistizada, el mismo régimen lo era menos aún: una Falange “maquillada” (p.370) de fascista, a pesar de la renovación de su fuerza en ciertos momentos (como a principio de la década de los 50), en la que los enfrentamientos ideológicos y culturales con el nacionalcatolicismo, concluye Saz, se fueron arreglando sobre una especie de nacionalismo de *statu quo*, castellanizante, centralista y fascistizado conformándose con una actuación no de primer actor como hubiera querido.

La lectura del texto permite adquirir una panorámica amplia y bien documentada del ideario nacionalista fascista, además de abrir unos cuantos canales de reflexión, porque lleva a cabo el análisis intelectual y doctrinal de ciertos temas sin dejarlos en las olas de formulaciones abstractas, dotándolos por el contrario de referentes con nombres, apellidos, trayectos vitales y personalidad; y, de vez en cuando, “secularizándolos” en momentos concretos de la historia de España.

Laura Zenobi